

La economía solidaria no está en paro

La economía solidaria constituye una vasta constelación de prácticas de producción, comercialización, consumo y crédito alternativas a las capitalistas, que se está desarrollando con fuerza a lo largo del mundo desde los años ochenta del siglo pasado. Más resistente a la crisis actual que las empresas convencionales, la economía solidaria puede devenir embrión de una economía poscapitalista si consigue crecer, mantener su doble dimensión de sector socioeconómico y de movimiento social, articularse en mercados sociales que la desconecten del mercado capitalista y forjar alianzas con el resto de sujetos de cambio social y de economías críticas.

Tal día como hoy, millones de trabajadores, campesinos, profesionales, consumidores, inversores, activistas, etc., de todos los rincones del planeta están produciendo, distribuyendo, consumiendo e invirtiendo de forma respetuosa con las personas, el medio ambiente y los territorios. Están haciendo economía, pero no economía capitalista sino aquella otra que se conoce como economía social o economía solidaria.

Jordi Garcia Jané es cooperativista, miembro de la Xarxa d'Economia Solidària de Catalunya (XES)

Mediante la economía solidaria, una parte de la población mundial posee un trabajo estable y de calidad, obtiene alimentos a bajo precio o más saludables, dispone de una casa, accede a un crédito, puede llevar a sus hijos a la escuela o tiene cobertura sanitaria. Además, la mayor parte de iniciativas sociales dirigidas a mejorar el mundo adoptan formas de economía solidaria: el consumo responsable, el comercio justo, la agricultura campesina, los huertos comunitarios, las ecoaldeas, los centros de recuperación y reciclaje, la inserción sociolaboral, la promoción del patrimonio, las redes de trueque y las monedas libres, la solidaridad internacional, el turismo solidario, las finanzas éticas, la cultura popular, la comunicación alternativa, el trabajo colaborativo en Internet, etc.

Las iniciativas de economía solidaria son muy heterogéneas entre sí pero todas comparten la primacía tanto de la satisfacción de necesidades por enci-

ma del lucro, como de la persona por encima del capital, así como la gestión democrática de la actividad, auténtica línea de ruptura, ésta, con la empresa capitalista. Más precisamente podríamos definir a la economía social o solidaria como aquel conjunto de prácticas de producción, distribución, consumo y acumulación que persiguen satisfacer necesidades en vez de maximizar el beneficio y que se rigen por los valores de cooperación, solidaridad, democracia, equidad y sostenibilidad.

Las iniciativas de economía solidaria han conformado un sector distinto tanto del privado como del estatal, al que cabría denominar esfera pública no estatal

Dichas prácticas económicas, cuando son colectivas, suelen efectuarse desde cooperativas, mutualidades, sociedades laborales, empresas de inserción, asociaciones y fundaciones del campo social, además de utilizar también redes sociales informales. Cuando sus protagonistas son los individuos, entonces se ejercen adoptando los roles de consumidor, ahorrador, inversor o productor responsables. En última instancia, la forma jurídica que empleen es secundaria, lo que marca su inclusión o exclusión con respecto a la economía solidaria es su práctica. De lo que se desprende que a veces encontraremos empresas jurídicamente mercantiles (sociedades limitadas, sobre todo) que forman parte del sector puesto que persiguen sus fines y practican sus valores, mientras que algunas asociaciones o fundaciones del campo social, o bien algunas mutualidades o cooperativas, no pertenecerán al mismo porque en su día a día persiguen la misma finalidad y se rigen por los mismos valores que una empresa capitalista cualquiera.

Desde las últimas décadas del siglo XX, las iniciativas de economía solidaria se han multiplicado por doquier, conformando un sector socioeconómico distinto tanto al privado capitalista como al estatal. De alguna forma, la economía social o solidaria viene a ser la dimensión económica de lo que podríamos denominar la esfera pública no estatal, formada por una pléyade de iniciativas de tipo social, político, cultural y económico impulsadas autónomamente por los sectores populares para resolver sus necesidades.

Una economía con muchas caras

La economía solidaria es una realidad poco conocida, pero en modo alguno marginal. Ciñéndonos sólo al cooperativismo, el subsector que, en la mayoría de países, constituye el núcleo histórico e ideológico de la economía solidaria, se estima que existen unas 800.000 cooperativas repartidas por más de 80 países, asociando a unos 800 millones de personas,

el 12% de la población mundial, y dando trabajo a 100 millones. Sólo en la Unión Europea hay constituidas más de 250.000 cooperativas y empresas similares, operando en todos los sectores económicos, con 150 millones de socios y 5,5 millones de trabajadores. A estas empresas debemos añadir el conjunto de asociaciones y fundaciones, que dan empleo a 7 millones de trabajadores, agrupan al 50% de la ciudadanía y representan más del 4% del PIB.¹ Estas cifras, a las que hay que atribuir un valor simplemente orientativo, ya nos indican su relevancia.

La economía solidaria también es una realidad muy heterogénea. Para que nos demos cuenta de su gran diversidad, nos bastará con repasar algunos de sus desarrollos más significativos que abarcan desde agrupaciones económicas informales constituidas por los sectores marginados de la periferia mundial hasta grandes y prósperos grupos cooperativos en el centro del sistema. La principal institución financiera del Quebec es el banco popular cooperativo Desjardins, con más de 4 millones de socios, asimismo la mayoría de guarderías infantiles de Canadá son también cooperativas; en Estados Unidos abundan las cooperativas eléctricas; en Argentina el movimiento de empresas recuperadas aglutina 200 empresas y 10.000 trabajadores; en Brasil, destacan los emprendimientos productivos de los asentamientos campesinos del Movimiento Sin Tierra, presentes en 23 de los 26 estados del país y organizados en cooperativas agropecuarias y de servicios, además del medio millón de personas trabajando en 22.000 empresas de economía solidaria. Las cooperativas de vivienda de apoyo mutuo han edificado parte del patrimonio inmobiliario de Montevideo; el cooperativismo agrario nicaragüense se integra en cadenas productivas mediante la cooperativa de segundo grado Nicaracoop, que al mismo tiempo promueve una red de turismo sostenible; mientras que Ecuador reconoce la economía solidaria en su carta magna.

El cooperativismo, tanto de cultivadores del té como de pescadores y productores, está muy implantado en el estado de Kerala (India), donde se asienta uno de los complejos cooperativos mayores del mundo, el Kerala Dinesk Beedi, formado por 326 cooperativas y 32.000 socios, que fabrican los cigarrillos tradicionales *beedi*. En el Nepal, los bosques comunales, una de las principales fuentes económicas del país, son gestionados por la FECOFUN (Federation of Community Forestry Users), que reúne a 12.500 grupos de usuarios, los cuales representan 1,7 millones de familias, o sea cerca de 9 millones de personas en un país de 28 millones de habitantes. En Filipinas, se extiende el programa bancario Bayaniha, una iniciativa de finanzas éticas que contribuye al desarrollo autogestionario y cooperativo de las comunidades pobres de la zona urbana del país, en particular las mujeres y sus familias. En Japón los clubes de consumo Seikatsu («Gente viva») asocian 200.000 familias, que ade-

¹ A. Melián y V. Campos, «Emprendedurismo y economía social como mecanismos de inserción laboral en tiempos de crisis», *Revesco*, 100, extraordinario 2010 *Monográfico: La respuesta de la Economía Social ante una crisis global*.

más se han convertido en las propietarias de plantas de procesamiento de leche y de cooperativas sociosanitarias. Esas cooperativas de consumo se sitúan en la vanguardia de las campañas contra los detergentes sintéticos y los transgénicos. Las monedas sociales están en auge en Japón, Tailandia e Indonesia a raíz de la crisis asiática de 1997, pero también en varios países africanos, como Senegal, en cuya capital, Dakar, funcionan cinco sistemas de intercambio con moneda local (el *doolé*), impulsados por las mujeres, o en Suráfrica, cuya red de trueque de Ciudad del Cabo creó el Community Exchange System (CES), un portal por internet empleado por cientos de redes de trueque de todo el mundo para realizar y registrar sus intercambios.

Las cooperativas agrarias están muy implantadas en el norte de Europa; en Dinamarca producen toda la leche y cerca de dos terceras partes de los productos del cerdo; en Suecia, poseen todas las lecherías y más de la mitad de los mataderos; en Noruega, una de cada tres personas pertenece a una cooperativa. En Italia, la asociación de cooperativas Legacoop agrupa a seis millones de socios y ocupa a 342.000 personas, la mayoría mujeres. En Gran Bretaña, The Cooperative Group es la mayor cooperativa de consumo europea, cuenta con 4,5 millones de socios y fue pionera en vender productos de comercio justo. Las mutualidades de previsión social están muy implantadas en Bélgica, Irlanda, Holanda y Francia, país, este último, en donde nueve de cada diez explotaciones agrícolas son cooperativas. También en el Estado vecino el 60% de los depósitos se halla en establecimientos de la economía solidaria, mientras que además existe un vasto movimiento de cooperativas de consumo agroecológico, las AMAP (Asociación para el Mantenimiento de una Agricultura Campesina), formado por más de 1.200 asociaciones basadas en el compromiso mutuo entre un grupo de consumidores y un agricultor.

En fin, el cooperativismo alemán, muy vinculado al movimiento alternativo, goza de buques insignia como el diario *Die Tageszeitung*, el periódico de izquierdas más leído del país, que es una cooperativa propiedad de 10.000 socios, o la cooperativa de consumo Greenpeace-energy, que desde 2001 distribuye y produce energía renovable, y que está integrada por 12.000 socios.

En el Estado español, en Euskadi concretamente, brilla con luz propia la corporación cooperativa de Mondragón, una de las más importantes experiencias de democracia industrial de todo el mundo. El Alto Deba, en donde se encuentran las principales cooperativas del grupo, es una de las comarcas con un nivel de renta más alto de Europa. En el Estado español,² las cifras oficiales del sector contabilizan 51.700 empresas del sector, 2,5 millones de puestos de trabajo, el 10% del PIB y el 14% de la fuerza laboral. De estas 50.000 empresas aproximadamente, la gran mayoría son cooperativas (25.000) y sociedades laborales

² Según datos del CEPES correspondientes a 2008.

(20.000). Su capacidad de crecimiento resulta superior a la de las empresas mercantiles: en el periodo 1990-2007, mientras el empleo en el total de la economía española creció en un 62,8%, en las cooperativas y sociedades laborales lo hizo en un 97,4%, casi 35 puntos porcentuales por encima.

Asimismo, merece la pena destacar que la economía solidaria se halla presente en todas las fases del ciclo económico tradicional. En la producción, se expresa como trabajo cooperativo, es decir, como propiedad colectiva de la empresa por parte de los trabajadores, que es gestionada democráticamente bajo el principio «de una persona, un voto».

En la distribución se manifiesta como comercialización justa, consistente en aquella relación comercial que, partiendo del diálogo, la transparencia y el respeto, persigue mayor equidad en el intercambio entre consumidores del Norte y productores del Sur, pero también entre Norte y Norte y entre Sur y Sur.

Existe una economía solidaria emergente que va ocupando nuevas áreas de actividad a medida que la economía capitalista se repliega en la pura especulación financiera

En el consumo, se plasma en prácticas de consumo responsable realizadas por individuos, entidades, empresas y, últimamente, por algunas administraciones públicas. El consumo responsable adopta las formas de consumo cooperativo, consumo ecológico, consumo solidario y, por supuesto, de reducción del consumo (simplicidad voluntaria).

En la acumulación, toma la forma de finanzas éticas, esto es, de entidades y útiles financieros que priorizan la obtención de un beneficio social por encima del beneficio económico. Estas iniciativas combaten la alienación del ahorro, producida por la pérdida de control por parte del depositante sobre el destino de sus ahorros ingresados en una entidad financiera convencional, y promueven el uso social de las inversiones en áreas como la lucha contra la pobreza y la exclusión, el medio ambiente, la cultura y el propio desarrollo de la economía solidaria, en vez de dirigirlas a las grandes corporaciones, la especulación financiera e inmobiliaria o el sector armamentista.

Por último, desde los años ochenta del siglo pasado florecen también las alternativas al sistema monetario, que crean monedas no oficiales, a veces llamadas libres, locales, sociales o complementarias. Estas monedas, físicas o virtuales, estimulan el trueque multirrecíproco de bienes y servicios entre personas, entidades y empresas de una red territorial o social.

Existe pues, ya, una economía no capitalista en los intersticios del sistema, una economía solidaria emergente que va ocupando nuevas áreas de actividad a medida que la economía capitalista se repliega en la pura especulación financiera. ¿Cómo repercute la crisis económica en esta nueva economía? ¿Qué riesgos y oportunidades se le abren?

Resistentes a la crisis

La crisis actual es fruto, en primera instancia, de la sobreproducción de mercancías y la financiarización de la economía. Pero, en el fondo, remite a otros desequilibrios que nos permiten hablar de crisis multidimensional: socioecológica, del trabajo reproductivo, energética, alimentaria, cultural, del sistema político y de hegemonía de Estados Unidos. Desde este punto de vista más amplio, estaríamos inmersos en una crisis de la civilización capitalista, que comenzó hacia los años setenta, y de la que la recesión económica provocada por el estallido de la burbuja financiero-inmobiliaria en 2008 sería un episodio más. Dicha crisis sistémica se alargará todavía algunos decenios más, irá mostrando caras diferentes, y dará lugar a un cambio sustancial del mundo. Aunque sólo sea por los devastadores efectos del cambio climático y porque se termina la era del petróleo barato, sabemos que nada volverá a ser como antes. Se quiera o no, el modo de vida occidental se modificará significativamente en los próximos decenios, una nueva gran transformación (parafraseando a Polanyi) que puede llevarse a cabo mediante una transición ordenada que nos conduzca hacia otros modos de producir, consumir y vivir más sostenibles y universalizables, o por el contrario producirse de modo forzado, caótico y excluyendo aún a más sectores del planeta del acceso a los bienes básicos, instaurando una especie de fascismo planetario ejercido por una minoría privilegiada y fortificada que excluye, domina y rapiña al resto del mundo, hundido en la miseria.

Vivimos, pues, momentos cruciales para nuestro futuro y el de la especie. Hölderlin dijo que donde surge el peligro allí está la salvación, ¿en qué medida la economía solidaria puede ayudarnos a avanzar a salir de la crisis de un modo favorable para la mayoría de habitantes de este planeta?

Antes de nada, la economía solidaria constituye un alivio inmediato a las consecuencias directas que provoca la crisis sobre las clases populares: paro masivo, disminución de la capacidad adquisitiva, restricción al crédito, etc. El informe de la OIT, *Resilience of the Cooperative Business Model in Times of Crisis*, reseña cómo las cooperativas agrarias mantienen los ingresos de los productores; las cooperativas de consumo ofrecen alimentos a precios más bajos; las bancas éticas y cooperativas –muy poco afectadas por los activos tóxicos al no dedicarse a la especulación– facilitan créditos a particulares y empresas que la banca capitalista ignora, y las cooperativas de trabajo mantienen e incluso crean nuevos

empleos. Así lo entienden también los políticos; muchos de ellos solían ignorar o minimizar las cooperativas y la economía solidaria en general, mientras que hoy en cambio les piden auxilio para que creen los puestos de trabajo que los sectores privado capitalista y estatal no pueden, o no quieren, generar.

En primer lugar, las empresas de la economía solidaria, tales como las cooperativas de trabajo, resisten mejor a la contracción de los mercados que la empresa convencional. En el Estado español, concretamente, desde que estalló la crisis de 2008 cierran menos cooperativas y sociedades laborales que empresas mercantiles, e incluso, en plena recesión, dicho tipo de empresas aumenta en número, en socios, en volumen de negocio y en capital. Lo confirman los datos del Ministerio de Trabajo español, correspondientes al 2008, que indican que, mientras que el número de empresas mercantiles disminuyó en un 7% respecto al 2007, el de cooperativas sólo mermó en un 1,7%, y además estas incluso consiguieron incrementar la tasa de personas ocupadas en un 0,12% respecto del total de personas ocupadas del Estado español.

Muchas causas se esconden detrás de esta superior resistencia a la crisis por parte de las empresas de la economía solidaria. En primer lugar, su diferente finalidad: mientras que el objetivo del rentista o del empresario capitalista es maximizar su capital invertido, el objetivo de los emprendedores sociales, por ejemplo, los socios de una cooperativa de trabajo, consiste en satisfacer su necesidad de poseer un puesto de trabajo, de modo que el umbral a partir del que unos y otros estiman que no vale la pena mantener la empresa difiere completamente: los primeros cerrarán la empresa cuando calculen que podrían extraer más rentabilidad a su capital invirtiéndolo en otra parte, ni tan siquiera es preciso que el negocio registre pérdidas; en cambio, los socios de una cooperativa de trabajo la mantendrán en tanto les permita extraer un sueldo con el que cubrir sus necesidades básicas.

En segundo lugar, una empresa de economía solidaria suele ser más productiva que una compañía mercantil, también en época de crisis. La superior motivación de los trabajadores, que saben que la empresa es suya, aumenta la productividad, sea porque rinden más y aportan más ideas e innovaciones para hacer frente a la crisis, sea porque se recurre sin tantos traumas a instrumentos de ajuste: flexibilidad horaria y funcional, e incluso reducciones salariales, como los socios del grupo Fagor, de Mondragón, que acordaron reducir sus retribuciones un 8% entre abril de 2009 y marzo de 2010.

En fin, otros factores que explican la perdurabilidad de estas empresas son su tendencia a acumular recursos de ejercicios anteriores (fondos de reserva colectivos e irrepartibles en las cooperativas), que servirán para enjuagar las posibles pérdidas en momentos de crisis, además de un cúmulo de factores culturales y estructurales que favorecen proseguir la actividad y superar las dificultades de forma colectiva y solidaria (superior cohesión del

colectivo de trabajadores, toma democrática de las decisiones, obligación de devolver la aportación inicial al capital de la empresa, más las retribuciones al capital, a los socios que fueran dados de baja ante un expediente de regulación de empleo, lo que supondría una reducción de los recursos propios y de la solvencia...).

Pero, la economía solidaria no sólo resiste a los embates de la crisis económica actual, sino que además representa una alternativa al cierre de empresas capitalistas. Efectivamente, muchas empresas mercantiles que están a punto de cerrar, sea por jubilación del propietario, por bajos beneficios o por quiebra, son asumidas por sus trabajadores quienes las transforman en cooperativa o en sociedad laboral. Este fenómeno ocurrió en el Estado español durante la crisis industrial de los ochenta y está sucediendo ahora, y se halla en el origen de muchas cooperativas de trabajo y otro tipo de empresas propiedad de los trabajadores en todo el mundo. Aunque al pensar en ello nos vengan a la cabeza las fábricas recuperadas argentinas, de hecho una parte importante de las cooperativas industriales existentes hoy en día en toda la Europa mediterránea nacieron de este modo. Actualmente, en Estados Unidos algunos sindicatos, inspirándose en Mondragón, tratan de transformar empresas en crisis en cooperativas. Se trata de una alternativa que evita además la desaparición de empresas clientes y proveedoras, por lo que genera un efecto multiplicador positivo sobre el mantenimiento del empleo.

Esta solidez innegable de la economía solidaria no puede llevarnos a la peligrosa ingenuidad de creerla invulnerable. Sería un grave error confundir superior resistencia con resistencia ilimitada. Debemos ser conscientes que, si la recesión se prolonga y el desempleo crece todavía más, las reservas de capital se agotarán, se suprimirán la mayoría de las subvenciones públicas que permiten la actividad de muchas asociaciones del sector, los mercados seguirán reduciéndose y la competencia haciéndose más salvaje, y la sequía del crédito provocada por la banca convencional impedirá la financiación a las empresas, sobre todo las pequeñas y medianas, que son mayoría en el sector. En esta situación verosímil, no bastaría el crédito dispensado por las entidades de finanzas éticas ni los esfuerzos desesperados de los trabajadores por mantener a flote su empresa, sino que una parte de la economía solidaria, la más orientada al mercado capitalista, retrocedería a expresiones más precarias y resistencialistas, o incluso desaparecería.

Tiempo de supervivencia, tiempo de reproducción

Sea como fuere, la economía solidaria debe fortalecerse en todos los frentes, al tiempo que se postula como parte de una alternativa económica al capitalismo. «Los tiempos de la economía popular son al menos dos: un tiempo de la emergencia continua, de la sobrevivencia diaria, basada cada vez más en la reacción a los cambios exógenos..., sin posibilidad de

anticipar demasiado, y buscando ventajas de corto plazo en el mercado, y un tiempo de la reproducción en el largo plazo de comunidades y grupos, donde prima la preocupación por los descendientes y la reproducción de la comunidad como tal. Ambos tiempos se superponen y hay que atender al primero controlando sus efectos de fragmentación, apostando con recursos y políticas sostenidas en el segundo, ampliando las posibilidades de transformación ganando en calidad social».³

Siguiendo a Coraggio, podemos decir que el tiempo de la supervivencia diaria de las iniciativas de la economía solidaria exige mejorar la gestión de las empresas del sector, dedicando una atención especial al trabajo comercial y extremando el rigor presupuestario, a la vez que se busca innovar en procedimientos, mercados, productos y servicios, y se saca el máximo rendimiento productivo a la participación, implicación y cooperación de las personas que dan vida a estas empresas.

La economía solidaria no sólo resiste a los embates de la crisis económica actual, sino que además representa una alternativa al cierre de empresas capitalistas

El otro tiempo, el de la reproducción ampliada del sector hacia la transformación de la economía, demanda desarrollar la dimensión movimentista de la economía solidaria, para forjar alianzas tanto con otros agentes de cambio en un sentido amplio (movimientos sociales –ecologista, altermundialista, obrero, vecinal...–, ONG, partidos de izquierda, asociaciones de consumidores, el mundo artístico y cultural...) como con las otras economías críticas de las que forma parte (feminista, ecológica, marxista, libertaria y la socioeconomía).

No conviene olvidar ninguna de estas dos dimensiones de la economía solidaria: la de sector socioecómico y la de movimiento social. Sin proyecto empresarial, el proyecto político no será escuchado más allá de los convertidos (peligro de marginación); sin proyecto político, el proyecto empresarial puede ser recuperado y fagocitado por el capitalismo (riesgo de asimilación). Debe haber una tensión necesaria y fructífera entre ambas dimensiones y las lógicas que conllevan (empresarial, institucional y movimentista).

Por otra parte, el aprovechamiento de ambos tiempos requiere poner en práctica uno de los principios básicos de esta economía, la intercooperación, es decir, la cooperación entre las personas, empresas y entidades de la economía solidaria. Sólo la práctica sistemática de la intercooperación en todas sus vertientes, económico-empresarial pero también socio-

³ J. L. Coraggio, «Los caminos de la economía social y solidaria», disponible en: <http://www.flacso.org.ec/docs/i33coraggio.pdf>

política, puede permitir a unas iniciativas que normalmente son pequeñas y frágiles, que viven a contracorriente de la marea capitalista dominante, sobrevivir y desarrollarse. La intercooperación se expresa creando asociaciones y cooperativas de segundo grado, así como grupos empresariales cooperativos, que exploten las sinergias entre sus componentes para mejorar su viabilidad y crecer; pero también constituyendo asociaciones que defiendan los intereses más inmediatos del sector (como las existentes federaciones de cooperativas, de sociedades laborales, de entidades del tercer sector...), así como otras más orientadas a promover la economía solidaria como alternativa transformadora, tal es el caso de las redes de economía solidaria en el Estado español, que constituyen REAS (Red de Redes de Economía Alternativa y Solidaria) y de coordinaciones internacionales como RIPESS (Red Intercontinental de Promoción de la Economía Social Solidaria).

En esta época de crisis, por ser precisamente también momentos de cambio, las entidades representativas de la economía solidaria deben abrir especialmente los ojos a fin de detectar aquellas prácticas emergentes que pueden atraer nuevos grupos sociales a la economía solidaria. Estamos pensando en las nuevas formas comunitarias de autogestión de necesidades básicas por parte de la ciudadanía (cooperativas de consumo agroecológico, grupos de compra conjunta, redes de trueque y moneda social...), en la importancia que adquirirá el sector que algunos denominan RE (rehabilitación, recuperación, reciclaje) y en el vasto campo de la cultura libre, a menudo empleando las nuevas tecnologías de la información, y organizándose ya bajo formas cooperativas, solidarias y comunitarias, que requerirán estructuras que garanticen que aquellos que la practican pueden hacerlo de una manera sostenida, estable y protegida, y coherente con sus valores, es decir, en forma cooperativa. Todas estas realidades, junto con las nuevas empresas creadas para hacer frente a la crisis, pueden conformar una poderosa nueva ola de la economía solidaria, que se suma a las ya existentes.⁴

Objetivo: mercado social

La principal debilidad de la mayoría de experiencias económicas solidarias, que se erige también en la mayor limitación al desarrollo del sector, es su aislamiento. Si bien es verdad que existen realidades consolidadas de la economía solidaria en cada una de las fases del ciclo económico y que la intercooperación siempre está en boca de sus actores, a la hora de la verdad la mayoría de iniciativas no colaboran ni se articulan entre sí, a veces ni tan sólo se conocen. Los productores cooperativos no suelen distribuir sus productos por canales de comercialización justa ni depositan su capital en entidades de finanzas éticas. Pocas

⁴ I. Miró, «El cuarto impulso [Cooperativismo_Trabajo inmaterial_ Creatividad _ Territorio]», *Nexe*, 26, junio de 2010. Fundació Seira y Confederació de Cooperatives de Catalunya. Disponible en: <http://www.nexe.coop/nexe>

tiendas de comercio justo o cooperativas de consumo y servicios suministran a sus socios y clientes los productos cooperativos, al menos como primera opción. Por su parte, si somos rigurosos deberemos reconocer que apenas existen consumidores responsables, sino muchos actos de consumo responsable dispersos. Cada cual, en su vida diaria, realiza algunos actos de consumo responsable junto con otros muchos que no lo son, y aun los productos responsables adquiridos pueden haberse comprado en cadenas de distribución convencional. Asimismo, existe todavía poca capacidad para captar ahorro que pueda ser canalizado para financiar la producción cooperativa y la comercialización justa. Finalmente, en todas esas fases se emplea como medio de intercambio la moneda oficial, con sus mecanismos perversos de acumulación, interés y especulación.

Como medio para viabilizar y fortalecer las empresas y entidades de la economía solidaria (el tiempo a corto plazo de Coraggio) y generar a su vez embriones de economía no capitalista que, en un momento dado, puedan multiplicarse y devenir hegemónicos (el tiempo de la reproducción), uno de los objetivos estratégicos de todas las instituciones representativas de la economía solidaria debería ser articular las empresas del sector, junto a un amplio número de personas y entidades que practican el consumo y el ahorro responsables, en lo que denominamos mercado social.

Por mercado social entendemos una red estable de intercambio de bienes y servicios entre empresas de la economía solidaria, consumidores responsables y ahorradores-inversores éticos que, con estos intercambios, consiguen cubrir una parte significativa de sus necesidades. Los objetivos perseguidos son consolidar las empresas de la economía solidaria, visibilizar socialmente el sector y desconectar tanto como sea posible las vidas del máximo número de personas y comunidades respecto de la economía capitalista.

¿Cómo se pueden desarrollar mercados sociales? Los principios básicos para crearlos son tres: consumir lo que el mercado social produce, producir lo que el mercado social consume y financiarse e invertir dentro del mercado social. Se trata, pues, de practicar de modo integral el principio de la intercooperación.

¿Y cuáles son las herramientas para crear mercados sociales? Primero, necesitamos marcos organizativos y comunicativos que generen conciencia de sector, haciendo que todos los actores de la economía solidaria, provengan bien de la producción cooperativa, de la comercialización justa, del consumo responsable, de las finanzas éticas o de las monedas libres, se sientan pertenecientes a la economía solidaria, y compartan la voluntad de irse construyendo como alternativa a la economía capitalista.

Segundo, necesitamos disponer de herramientas que identifiquen y localicen los productos y actores de la economía solidaria, como premisa para intercambiar tanto bienes

como conocimientos. En este sentido, resulta estratégico generalizar los balances o auditorías sociales y las etiquetas sociales, además de contar con portales de productos de economía solidaria. Del mismo modo, resulta lógico pensar que la escala local o regional es la más apta para construir mercados sociales, gracias al conocimiento informal y las relaciones de confianza que genera la proximidad.

Tercero, necesitamos multiplicar las prácticas de intercooperación en organizaciones de segundo grado; sin una dimensión apropiada, aparte de que pelagra la viabilidad de muchos proyectos, más todavía en plena crisis, resulta muy difícil generar el excedente y las economías de escala necesarias para destinar recursos al desarrollo estratégico del sector.

Cuarto, necesitamos reforzar los instrumentos de finanzas éticas, que en el Estado español son, básicamente, Fiare y Coop57, y a su vez estos deben pasar a una fase más proactiva (prospección de futuros mercados para la economía solidaria, actividades de consultoría que acompañen a la concesión del crédito...), que permita orientar una parte de las inversiones a financiar proyectos en mercados estratégicos (por ejemplo, los vinculados a la reconversión ecológica de la producción, a las energías renovables y a las nuevas tecnologías) y a completar cadenas productivas de la economía solidaria a fin de impedir que el valor generado no termine escapándose hacia la economía capitalista.

Quinto, necesitamos personas y entidades que promuevan activamente los mercados sociales. Algo que no sucederá por generación espontánea, sino que requiere actores que los impulsen de modo consciente. Las organizaciones representativas, las entidades de finanzas éticas y las cooperativas de consumo de productos del mercado social pueden promoverlo.

Sexto, necesitamos integralidad cooperativa de cada entidad y, algo fundamental, de cada uno de sus miembros. Si la mayoría de empresas, entidades y personas que las componen procuraran realizar la mayoría de sus actos económicos dentro de la economía solidaria, ésta conocería en muy poco tiempo un gran desarrollo.

Séptimo, necesitamos combinar la moneda oficial (euros en nuestro caso) con una moneda social complementaria que nos permita sortear los problemas de falta de circulante y de acceso al crédito, a la vez que multiplicamos las relaciones económicas dentro del sector, que con una moneda social tienden a fidelizarse.

Los mercados sociales empiezan a desarrollarse en varios países del mundo, e incluso entre continentes. Constituyen una buena muestra de ellos el sistema de articulación comercial virtual Compartiendas, en Aguascalientes (México), los proyectos de mercado social en algunas comunidades del Estado español (Aragón y Cataluña) y el sistema de intercambio

solidario con moneda social Créditos Solidarius, que relaciona empresas de economía solidaria de América y Europa.

Embriones de otra economía

La economía solidaria se configura como una pieza del puzzle de una economía alternativa al capitalismo que está aún por armar, pero que deberá reconciliar la economía con la sociedad y devolver el poder económico a la ciudadanía, o lo que es lo mismo, el poder a secas, porque mientras el poder económico pertenezca a los llamados eufemísticamente mercados (la oligarquía financiera y empresarial), no puede haber auténtica democracia política, como estamos viendo claramente con esta crisis.

Las cooperativas, las finanzas éticas, los grupos de compra responsable o las redes de intercambio constituyen hoy una fuente de inspiración para pensar cómo podrían funcionar algunas de las instituciones fundamentales de una economía poscapitalista. Son una luz y una esperanza para aquellos y aquellas que no queremos tan sólo remontar esta crisis del capitalismo para caer al cabo de unos años en otra peor, sino que orientamos nuestra acción a salir del largo túnel del capitalismo para adentrarnos en nuevos paisajes económicos y sociales más justos, democráticos y sostenibles. Se trata de un objetivo ambicioso, que requiere una acumulación de fuerzas muy difícil de conseguir, pero en modo alguno más utópico que imaginarse que podemos civilizar el capitalismo o seguir con nuestro tren de vida sin descarrilar. En eso estamos. En estos tiempos de honda crisis, la economía solidaria no está en paro.